

## El hablar y el escuchar en los primeros grados de la Educación Básica Regular.

### Talking and listening in the early grades of regular basic education.

**Manuel Jesús Valdivia Rodríguez**

**RESUMEN.** El artículo destaca la necesidad de atender en la escuela dos componentes importantes de la comunicación oral: el hablar y el escuchar, en primer lugar porque requieren competencias que deben ser educadas hacia una mayor eficiencia comunicativa, y, en segundo lugar, porque serán fundamentales tanto para la adquisición y desarrollo de la lectura y la escritura como para el aprendizaje de los contenidos de las diversas áreas del currículo. Se expone además lineamientos metodológicos útiles sobre todo para el trabajo con niños y aun con adolescentes.

**Recibido:** 27-04-2014

**Aceptado:** 20-08-2014

**Palabras clave:** niños, desarrollo integral del lenguaje, escuchar, hablar, familia, escuela.

**Keywords:** kids, comprehensive development of language, listening, talking, family, school.

**ABSTRACT.** The article highlights the need to pay attention in the school on two important components of oral communication: talking and listening, first of all because they require skills that must be educated to a greater communicative efficiency, and, secondly, because both will be fundamental for the acquisition and development of reading and writing as well as for learning the contents of various areas of curriculum. Also useful methodological guidelines are outlined especially for working with children and even with teenagers.

Manuel Jesus Valdivia  
Rodríguez  
Consultor  
manueljesusvaldivia@gmail.  
com

## Introducción

Una tarea principal de la educación primaria es impulsar vigorosamente el desarrollo del lenguaje de los niños. Si fuera preciso dar razones para apoyar esta afirmación, bastarían dos. En primer lugar, los niños necesitan del lenguaje para una mejor incorporación en la vida social, que reposa mucho en la comunicación; en segundo lugar, requieren de él para continuar con éxito su educación en lo que resta de su escolaridad. En realidad, los seis años de la educación primaria deberían ser suficientes para que se pueda decir que los niños tienen bien asentadas las bases de su lenguaje, en la perspectiva, siempre favorable, de continuar la secundaria afinando y perfeccionando sus capacidades.

En nuestro país, el cumplimiento de esta tarea tiene un carácter apremiante. Las diversas evaluaciones realizadas hasta hoy muestran que estamos lejos del ideal, lo cual reclama una reacción inmediata para lograr una mejora sustancial en el manejo del lenguaje por parte de nuestros niños. Es preciso advertir, sin embargo, que para lograr esta mejora no se trata de medidas parciales (plan lector, bibliotecas de aula, etc.) sino de una reforma total que abarque tanto los enfoques como las metodologías correspondientes y no en un solo aspecto sino en todas las dimensiones del lenguaje.

### Atención integral al lenguaje

Las evaluaciones nacionales e internacionales realizadas en la última década han puesto la mirada en la lectura considerándola como un indicador de la calidad de la educación. Esta concentración obedece a múltiples razones, en general atendibles, pero nos ha llevado a una respuesta equivocada. Como las cifras revelan que nuestros educandos tienen problemas con la lectura, hemos creído que la respuesta debe ser atender mejor ese aspecto, es decir, trabajar por la lectura misma. Hemos seguido por ese camino ya varios años promoviéndola; pero hasta ahora no hay señales de una mejora sustancial, lo cual es explicable, ya que no se puede mejorar la lectura sin prestar

atención a los otros aspectos del lenguaje: el escuchar, el hablar, y el escribir.

El escuchar y el hablar son dos dimensiones naturales del lenguaje. Se desarrollan en los primeros años de vida, y cuando los niños inician su escolaridad se constituyen en la base para el aprendizaje de dos nuevas dimensiones: leer y escribir. Después, en los años siguientes, cuando los niños consiguen estas nuevas competencias se inicia una etapa de mutuo enriquecimiento, esta vez de las cuatro esferas que constituyen el lenguaje. Es preciso advertir, sin embargo, que el hablar y el escuchar deben ser atendidos sistemáticamente para ser llevados a niveles más altos de eficiencia puesto que su función continuará siendo vigente.

### El escuchar y el hablar en la familia y en la escuela

El escuchar es una función de importancia radical en la infancia. Desde el nacimiento —y aun antes— los niños toman el primer contacto con la lengua escuchando lo que hablan sus padres y otros parientes, y gracias a este contacto, en los años siguientes los niños se van apropiando de la lengua en sus diversos subsistemas (semántico, fonológico, morfosintáctico). Esta apropiación es tan vigorosa durante la primera infancia que los niños de seis años —aproximadamente cuando están iniciando su educación primaria— ya poseen lo fundamental de su lengua, naturalmente con la posibilidad de enriquecerla y afinarla después, a lo largo de toda su vida. Pero es preciso destacar una condición especial: el escuchar que coadyuva al logro de este aprendizaje es un escuchar muy activo. Se produce siempre en situaciones concretas de la vida familiar en las que participa el niño. En el hogar, los niños escuchan lo que se dice y a la par observan lo que pasa. Son espectadores —incluso actores— de lo que sucede y se dice, y por eso lo que escuchan está siempre cargado de contenido.

Cuando están listos para hacerlo, comienzan a emplear formas elementales de comunicación que apuntan a lo verbal. Producen sonidos que pretenden ser palabras y frases, “dichos” no por gusto sino con un intento de comunicación. Con ellos llaman la atención,

## 14 UNIFÉ - EPG

piden, exigen, establecen contacto con los demás. Desde el comienzo, estas formas se van acomodando a las características de la lengua que escuchan a diario. Y así, a lo largo de pocos años, se hacen dueños de su lengua, que, como es adquirida en el hogar, es llamada “lengua materna”.

Es importante destacar el hecho de que el hablar y escuchar durante la infancia, época en que se produce la adquisición de la lengua materna, son actividades funcionales que se realizan en el seno de la familia en búsqueda de una comunicación requerida para propósitos concretos. No son ejercicios de habla y de escucha, sino acciones reales que responden a necesidades sentidas por los niños. En el hogar, los niños conversan, dialogan, inquietan, interrogan, discuten, relatan, se quejan, proponen, etc., y por lo general son escuchados y consiguen alguna respuesta que estimula su aprendizaje. Como es natural, este aprendizaje es mejor cuanto mayor y más rica es su relación con sus parientes y otros miembros del entorno familiar.

Lamentablemente, al llegar a la escuela los niños ingresan a un ámbito con menos ocasiones para un hablar tan activo como el que caracterizaba su presencia en el hogar. Esto no es vicio de la escuela, sino un resultado de la situación escolar, en la cual un maestro tiene que trabajar con veinte, treinta o más niños. Esa constitución del grupo en el aula modifica la forma de los intercambios orales, que ya no puede ser tan rica y directa como lo era en el ambiente familiar. Los niños escuchan lo que dice el maestro, pero este casi siempre se dirige al grupo, empleando un discurso menos contextualizado, por lo general sin apoyo de la situación. No están a la vista, palpables, las personas, los animales, las cosas, los hechos de que habla el profesor: todo queda confiado a la palabra y a la imaginación. Cuando hablan, los niños por lo común lo hacen para responder preguntas o para intervenir en forma coral. Como se ve, en la escuela, el hablar y el escuchar cambian de estilo, lo cual debilita las posibilidades de los niños para seguir construyendo su lenguaje, para continuar con el proceso que se inició en la vida familiar.

Este cambio podría ser considerado normal, inevitable. Los niños forman parte de grupos

numerosos a cargo de una sola persona mayor y tienen que acomodarse a situaciones comunes para todos. Aun con la mejor intención, no se puede reproducir la dinámica verbal de la familia. Sin embargo, los niños necesitan enriquecer su lengua y fortalecer sus capacidades de comunicación. Se produce así, una circunstancia paradójica cuya solución reside en un cambio de dirección en las maneras de incorporar el hablar y el escuchar en las actividades escolares. En otras palabras, el hablar y el escuchar tienen que adoptar nuevos roles y nuevas formas, que no tienen que ser iguales a los que se emplean en la casa. Si se produce este cambio, la escuela puede ofrecer muchas posibilidades para favorecer el lenguaje de los niños y para aprovecharlo eficazmente como vehículo orientado al logro de múltiples propósitos de educación y aprendizaje.

### **El escuchar de los niños en la escuela**

En la escuela primaria –y en general en toda la educación básica- el escuchar está llamado a cumplir roles importantes. El que los cumplan dependerá mucho del accionar del docente, que deberá prestar una atención muy especial a lo que dice, mayor de la que se le suele otorgar. En efecto, el escuchar de los niños se producirá la mayor parte de las veces atendiendo al docente, cuyo discurso tiene que ser por eso cuidadosamente trabajado.

En la escuela, el escuchar a personas con mayor experiencia de vida es una importante vía para que los niños se familiaricen con el léxico nuevo. La persona que habla (relata, explica, fundamenta) emplea recursos verbales y para verbales que ayudan a quien escucha. Las repeticiones, reiteraciones, redundancias –lícitas en el hablar- así como los gestos o la mímica –característicos del régimen oral- favorecen la comprensión de lo que se dice, y de paso entregan mensajes sobre el significado de las palabras, frases y locuciones. Un docente que describe un objeto, valiéndose de una lámina o sosteniéndolo materialmente, señala las partes, muestra detalles, “hace ver”, y ello es aprovechado por los niños, que van asimilando palabras en sus dos componentes

fundamentales (significante y significado) de manera más provechosa que si acudieran a un diccionario. Lo mismo sucede si el docente – o una persona invitada – relata una historia o narra un cuento. En este caso, sus desplazamientos, sus gestos, su entonación, así como el contexto de los pasajes del relato, bastarán para proveer señales suficientes para que los niños infieran el significado de las palabras que emplea.

Pero el escuchar al docente proporciona otras ganancias para los niños. Una, muy importante, es el acercamiento a macro estructuras del discurso oral – que luego darán paso a macro estructuras textuales. En la escuela siempre hay ocasión para presentar narraciones, descripciones, argumentaciones, exposiciones de diverso tipo, cada una de las cuales responde idealmente a una macroestructura que les caracteriza. La narración, por ejemplo, comienza siempre con un momento en que se ubica la situación (temporal, espacial, social); luego se presenta a los personajes y a continuación se refiere los hechos en una secuencia temporal, y se concluye con un cierre (desenlace, comentario, moraleja, anuncio de lo que sigue, etc.). Al escuchar narraciones (de cuentos, de sucesos históricos, de anécdotas, de hechos biográficos) los niños se familiarizan con la macro estructura de la narración. Este conocimiento se constituirá en un andamio para seguir cualquier narración, podrá ser transferido a la lectura de textos narrativos y empleado, a su vez, en la redacción de textos de ese tipo. Y lo mismo sucederá con los otros tipos de discurso: descriptivos, expositivos, instructivos. Así, la vía oral, ayuda a proporcionar a los niños herramientas útiles para su trabajo académico escolar.

Además, al escuchar discursos relativamente extensos, los niños conocerán el vocabulario funcional correspondiente, no teóricamente, sino en forma viva y dinámica. Un discurso extenso necesita estar conformado por partes fácilmente distinguibles. Para establecer el límite entre una parte y otra, y para dejar en claro al mismo la relación que existe entre ambas, el hablante emplea conectores, pronombres, frases con función anafórica, elementos estos que serán conocidos por los niños cumpliendo la función a que están destinados. Términos como ‘primero’, ‘luego’,

‘finalmente’, ‘en consecuencia’, ‘por eso’, ‘por otra parte’, ‘por último’, etc., comenzarán a ser familiares si son empleados en un marco oral verdaderamente facilitador. Cualquier explicación teórica que se dé procurando que los niños comprendan qué significa cada una de estas palabras y frases siempre terminaría por ser confusa para ellos; pero al escucharlas en el contexto de un discurso oral, los niños intuirán lo que significan, lo cual será mucho más provechoso que disponer de un glosario siempre confuso.

Hemos visto hasta ahora los beneficios que trae el escuchar en cuanto se refiere a la educación del lenguaje; hay, sin embargo, ganancias de otra índole. Una de ellas es el entrenamiento de la atención, obligada a ser mantenida cada vez durante lapsos más prolongados. En general, los niños concentran su atención sobre algo solo por instantes, pero necesitan poder concentrarla durante tiempos mayores. Esto también requiere de aprendizaje y entrenamiento. Para este efecto, el docente tiene recursos para atraer la atención, mantenerla y recuperarla: gestos, cambios de voz, desplazamientos, preguntas retóricas, etc., con los cuales se consiguen superar fácilmente las distracciones en que incurrir los niños.

Es importante tomar en cuenta el fenómeno actual, presente en niños y adolescentes que se han acostumbrado a la televisión: es muy fácil que se distraigan; se fatigan rápidamente si tienen que atender a algo; requieren de atractivos sonoros y visuales que los seduzcan; prefieren el mensaje fácil. La escuela, entonces, se les hace difícil y aburrida. Pero la vida les ha de exigir altas cuotas de concentración: Un cirujano puede pasar horas pulsando los instrumentos quirúrgicos; un piloto debe atender a múltiples avisos durante el tiempo de un viaje; un abogado debe escuchar críticamente un alegato extenso; un deportista debe estar entregado en cuerpo y alma al juego a lo largo de una o dos horas, y así podríamos seguir con una enumeración interminable de los requerimientos de concentración de la atención, a cuya mejora contribuye mucho el escuchar.

Siguiendo esta ruta, hallaremos otra ganancia producto del escuchar atento de discursos extensos: para mantener la ilusión de lo que escuchan, los

niños deben hacer un esfuerzo de memoria, para ir reteniendo lo principal del discurso que escuchan, al mismo tiempo que van cumpliendo procesos de resumen y síntesis. Ellos no podrían recordar todas las frases, todas las palabras, y tienen que ir haciendo operaciones de reducción para mantener lo esencial de lo que se les dice al mismo tiempo que vinculan un segmento con otro. Estas operaciones son comunes en su quehacer cognitivo, y son puestas en acción cuando escuchan. Así, el escuchar termina por ser un valioso ejercicio para su formación intelectual.

Lo dicho hasta ahora está referido al escuchar lo que dice de viva voz el docente, pero vale también, y con otras ganancias, para los momentos en que los niños escuchan al profesor leyendo para ellos algún texto en voz alta. No vamos a repetir cosas ya dichas, pero sí queremos destacar algo nuevo: los textos que lee el docente para sus alumnos presentan un habla más cuidadosa. Fueron escritos respetando con rigor normas a que no está obligado el discurso oral. Entonces, al escucharlos, los niños se van acostumbrando a discursos más exigentes. Pero como son leídos por el profesor, éste necesita emplear múltiples recursos para hacerlos más inteligibles: levantar la vista para dirigirla a los oyentes; hacer algún gesto que llame la atención sobre algo que se dice, añadir frases que llaman la atención, releer algún pasaje especial, etc. La lectura oral del docente pasa a ser, así, un acto vivo y vivificante de la palabra escrita.

### **El hablar de los niños en la escuela**

Con el hablar de los niños sucede algo similar al escuchar. Su participación verbal en el hogar probablemente era muy rica cuando se hallaban con sus parientes y amigos. Las conversaciones ocasionales, los juegos, las oportunidades en que daban cuenta de algo, las veces en que debían resolver un problema les daban oportunidad para hablar, para narrar, para preguntar o dar su parecer, aun con intervenciones brevísimas pero siempre en torno a situaciones reales, concretas. Ese escenario no se repite en la escuela. La intervención oral de cada niño se reduce notablemente durante las sesiones de clase. No estamos hablando del

conversar, que siendo saludable no es precisamente el que más interesa desde el punto de vista pedagógico. Nos referimos a un hablar más reflexivo y crítico, puesto en acción durante el diálogo, que es la actividad verbal más valiosa durante la educación básica.

El diálogo es un intercambio verbal producido en grupos de trabajo básicamente con tres finalidades: construir conocimiento, resolver un problema, tomar un acuerdo. Es frecuente que se considere el diálogo como limitado a los dos últimos fines. Después de todo, en la escuela y en la vida del hogar siempre hay necesidad de llegar a un acuerdo (a dónde ir de paseo, qué regalo ofrecer a un amigo, qué vianda preparar para el almuerzo. Etc.) o para resolver un problema (cómo distribuir las tareas de la casa, establecer turnos para cuidar a un enfermo, restituir la relación entre dos amigos que discutieron, etc.). Menos difundida está la idea de que el diálogo es un instrumento de construcción de conocimiento, no obstante que este es su papel más importante en la escuela: en el fondo, no hay día en que no se lo emplee de ese modo (para actualizar una experiencia, preparar el contenido de un texto que se va a escribir, examinar un texto que se está leyendo, organizar la experiencia tenida al observar un experimento, etc., etc.). El diálogo asume entonces una importante dimensión cognitiva, porque al tiempo que ayuda en la construcción de una información coadyuva el desarrollo del pensar de cada alumno.

Todo diálogo tiene un propósito explícito que debe ser logrado con el aporte de los participantes. La regla básica es que las intervenciones deben ser pertinentes al propósito final o a propósitos intermedios considerando que todos deben contribuir al logro de ese propósito, con intervenciones breves, concretas, suficientes. La pertinencia es la norma principal. Estas condiciones obligan a los participantes a mantenerse atentos a lo que dicen los otros, a seguir el curso de las ideas, a evaluar lo piensan decir, a respetar las intervenciones que escuchan, todo lo cual es valioso para la educación individual.

El uso del habla en el diálogo es más exigente que en la conversación. Se tiene que ser preciso, coherente, claro, y el esfuerzo por conseguir estas calidades educa insensiblemente no solo el lenguaje sino también

procesos cognitivos adyacentes: metacognición, recuerdo, síntesis, criticidad.

En el diálogo escolar, el habla no siempre es un acto individual: en el fondo, es una actividad de grupo. Cuando habla uno de los integrantes, probablemente dice lo que los otros también han pensado y hubieran querido decir si el otro no se les hubiera adelantado. Su escucha entonces es muy crítico porque “saben” lo que el otro quiere decir. Por ello, no es motivo de preocupación el que solo algunos niños intervengan y otros permanezcan en silencio. Además, como en la escuela el grupo siempre es numeroso, no es posible que hablen todos; pero si el diálogo se convierte en un estilo de trabajo permanente, en una manera constante de trabajar, siempre habrá ocasión para que todos intervengan.

Además del diálogo, hay otras formas de habla en el aula. Durante un experimento, por ejemplo, los niños intervienen verbalmente: dicen lo que observan, arriesgan una hipótesis, adelantan una conclusión, narran lo sucedido, hacen resúmenes de lo aprendido. Esto no es un diálogo, precisamente, pero es igual de valioso. Una pregunta oportuna del maestro puede incitar una intervención oral de un niño, intervención que será apoyada por lo que observa y evaluada por los demás niños, que coinciden con la observación o divergen. Igualmente, otra ocasión para hablar se presenta cuando se evalúa la producción de los niños en un taller o la intervención de alguien en un momento de gimnasia; cuando resuelve un problema matemático o se comenta un poema. En estas ocasiones, los niños tendrán intervenciones relativamente breves pero siempre ligadas a una situación compartida, lo cual hace de ellas un ejercicio a veces más valioso que un discurso preparado como una práctica de elocución.

La narración oral por parte de los niños es una actividad que conviene tomar en cuenta, sobre todo cuando por alguna causa circunstancial se hallan presentes pocos niños en el aula. Entonces es posible formar un círculo pequeño de oyentes, lo cual crea un ambiente alentador para la expresión oral. En grupo pequeño los niños pueden narrar cuentos que van inventando con entera libertad, puesto que el grupo sentado en círculo se convierte en auditorio atento

y familiar que estimula el desarrollo de las historias. Como los niños no tienen que escribir –lo que puede ser un obstáculo para la invención– simplemente dan curso a lo que dicta su imaginación, y tienen con ello una ocasión de disfrute personal con algo que también entretiene a los demás. Algunos niños tendrán mucha facilidad para crear sus narraciones, otros no lo harán con demasiada fortuna algunos querrán hacerlo, otros no; pero eso no importa finalmente. La creación no puede ser obligatoria.

La narración de anécdotas personales o de sucesos de los que han sido testigos los niños sí puede ser una actividad más obligatoria si se quiere. Como en este caso no hay que inventar nada sino reproducir oralmente el curso de un suceso verídico, es más fácil que los niños intervengan, sobre todo si se trata de una actividad propuesta con anticipación. Entonces será posible buscar que sean organizados, coherentes, objetivos, con lo cual van tomando consciencia de las cualidades que se busca para una exposición escrita. Lo que queremos decir con esto es lo siguiente, explicado con un ejemplo. Imaginemos que un alumno relata algo acaecido el día anterior: El día anterior, el papa de una niña pequeña demoró en llegar a recogerla a la hora de salida, y por eso la niña se puso a llorar desconsoladamente. Felizmente, aunque tarde, llegó el papá y se la llevó.

El profesor puede intervenir entonces preguntando al narrador qué es lo que hizo al ver que la niña lloraba. El narrador cuenta entonces que él y otros compañeros se acercaron a la niña y le dijeron que se quedarían con ella hasta que llegara su papá, y que ese gesto logró que ella se tranquilizara. El profesor puede hacer entonces dos cosas. Primero: advertir a todos los niños que cuando se relata algo no conviene omitir detalles importantes, como ha pasado en este caso. De ese modo, estará planteando una de las exigencias que se hacen a todo relato: que debe ser completo. A partir de eso, todos los niños del salón reciben un buen consejo y, como han escuchado el relato y comprenden la situación, entienden mejor una norma de toda exposición. Luego, en segundo término, se puede entablar un diálogo: ¿Estuvo bien que los niños se ofrecieran a acompañar a la niña? ¿Por

## 18 UNIFÉ - EPG

qué? ¿Qué otras acciones pudieron haber realizado? Este diálogo dará ocasión para otras intervenciones sobre un asunto de importancia social.

Una mayor presencia del escuchar y el hablar en el aula sin duda compromete especialmente al docente, que debe cuidar mucho su actuación. Aparte de sus intervenciones comunes, aquellas que tienen que ver con las rutinas diarias: saludar y despedir a los alumnos, dar indicaciones de trabajo, comentar situaciones circunstanciales, mantener el clima de trabajo, etc., habrá momentos en que tendrá a su cargo intervenciones más prolongadas: al narrar, describir, exponer, sistematizar, recapitular, principalmente. Estas son las oportunidades en que su hablar se constituye en generador de aprendizaje, no solo de contenidos sino también de empleo del lenguaje. Por ello, deberá prepararlas cuidadosamente. Incluso puede ser necesario que el docente se apoye en guiones preparados con apuntes rápidos en un papel.

En círculos intelectuales que se ocupan de la educación existe una idea que habría que poner sobre el tapete de discusión: que una escuela moderna debe prescindir del hablar del maestro y descansar sobre otros medios (materiales audiovisuales, programas de cómputo, fichas de trabajo, etc.). Eso puede ser atractivo, aunque solo en apariencia. Es cierto que el aprendizaje no depende exclusivamente del discurso docente –como ocurría en la escuela del pasado–, sino que proviene de múltiples fuentes (lectura de múltiples textos, actividades manuales, examen de documentos audiovisuales, realización de proyectos, experimentos, demostraciones, visitas, etc.) gracias a las cuales los alumnos ganan experiencias que derivan en aprendizajes valiosos. Pero en estos casos, los niños no avanzan solos; trabajan con la orientación del docente, que organiza las actividades en función de objetivos concretos y bien pensados. En medio de estas actividades, hay ocasiones en que la palabra del docente pasa al primer plano porque las presentaciones verbales son asequibles para los niños pues el docente acomoda su discurso buscando que los niños comprendan mejor: emplea material ilustrativo, aprovecha de la mímica, explica de nuevo, enfatiza con el tono de la voz.

En estas ocasiones el docente debe ser especialmente cuidadoso, ya que, como dijimos, además de aclarar los conceptos, provee de información que enriquece el léxico de los niños y los familiariza con superestructuras del discurso. Esto no era tomado en cuenta por las formas tradicionales de enseñanza ni lo es tampoco en las recomendaciones actuales, que se precian de ser de avanzada. La verdad es que muchos aprendizajes conceptuales y fácticos de los niños dependen de lo que dice el maestro porque las formas orales son más comprensibles que las escritas, más aun en el caso de alumnos que todavía no dominan la lectura. Por eso, lo que dice el docente debe ser claro, sencillo y ordenado, suficientemente apoyado por la mímica, el dibujo, el uso de materiales visuales y de objetos.

Una escuela moderna da oportunidad a los niños para que intervengan narrando, explicando, comentando, preguntando, sugiriendo, arriesgando conclusiones, todas las cuales son ocasiones de habla. Pero ese hablar es a veces vacilante, tímido, angustiosamente lento, con características que conviene aceptar. porque son prueba de que el niño está construyendo un mensaje, se está dando cuenta de detalles antes inadvertidos; está buscando las palabras para expresar lo que quiere, pese a que su repertorio léxico es todavía pobre. Frente a ello no queda más que la paciencia del docente, que debe estar presto para acudir en apoyo de los niños apuntalando oportunamente su expresión. Solo trabajando así llegará el momento en que los niños demuestren que ganaron en soltura y confianza en sí mismos, y que su decir es más certero.

### **El lugar del hablar y el escuchar en las actividades de aprendizaje**

Hemos afirmado que el hablar y el escuchar debieran gozar de mayores oportunidades de ejercitación en la escuela. Más aun, debieran ser atendidas el tiempo necesario para que, gracias a ellas, los niños vayan desarrollando las capacidades concernidas y vayan enriqueciendo el manejo de la lengua. Sin embargo, lo que hemos sostenido no

significa que se deba programar actividades específicas de ejercitación, en tiempos dedicados al área curricular de Comunicación. No. Mucho se gana en cambio cuando las ocasiones para hablar y escuchar se producen en el marco de actividades de aprendizaje de las otras áreas, aprovechando para este efecto las estrategias de correlación.

Si, por ejemplo, se lee y comenta una lámina de ciencias que muestra la estructura de un cierto mecanismo (un puente, un telescopio, un arado), algunos niños pueden describir la estructura global del aparato o algún detalle importante. Lo que digan puede ser ampliado o precisado por otros niños o por el profesor, de manera que al final se habrá construido un conocimiento más completo que la simple impresión inicial, pero además se habrá dado oportunidad a los niños para hacer breves exposiciones, no por breves menos valiosas. Si al final alguno de ellos hace un resumen oral de lo dicho, la suya será una exposición mayor, que los demás escucharán con tanta atención que si advierten un equívoco no vacilarán en comentarlo. Como se ve, se habrá ejercitado, sin decirlo, la expresión oral de los niños y su capacidad de escucha. Como ésta habrá todos los días ocasión para trabajar paulatinamente la expresión de los niños y la comprensión de mensajes orales.

Lo mismo sucederá con las exposiciones del docente. Una narración bien preparada de un acontecimiento importante para la historia rendirá frutos no solo en cuanto al aprendizaje de un contenido del área sino también para el desarrollo del lenguaje infantil. En este sentido, habrá que reivindicar las exposiciones a cargo del docente, tan criticadas por la pedagogía moderna. Si son consideradas la única fuente para el aprendizaje serán vitandas, es cierto, pero si forman parte de un complejo de actividades diversas con intervención de los niños ganan en valor.

Aparte de las acciones planificadas como parte del desarrollo curricular, están las ocasiones eventuales que se presentan en la vida escolar. Son aquellas que aparecen como parte de la vida en un lugar donde convive siquiera temporalmente un grupo de personas. Un caso de bulling que se produce en la escuela, por ejemplo, tiene que ser examinado y discutido en un

diálogo tendiente a superar el problema. Justamente por su gravedad puede reclamar intervenciones muy serias de los alumnos, invitados a poner el caso bajo la lupa y comprometidos con participar en la solución.

Como una o como otra, siempre habrá oportunidades que pueden ser aprovechadas como acciones pedagógicas que favorecen la comunicación oral. Los alumnos ganarán mucho con ellas adquiriendo mayor confianza en sí mismos, aprendiendo a organizar con rapidez su pensamiento y manejando con mayor destreza su lengua. Ello constituirá sin duda una enorme ganancia para su formación personal.